

— LUZ Y GRACIA · BIBLIOTECA

PARA PADRES

Historias para contar **en voz alta**

Doce relatos bíblicos que los niños piden repetir

Johana Heredia Arévalo

Colección Niños y Jóvenes

Padres, abuelos y maestros que quieren contar la Biblia a
sus...

EDICIÓN DIGITAL
DISTRIBUCIÓN
GRATUITA

SOBRE ESTE LIBRO

- AUTORA** Johana Heredia Arévalo
- COLECCIÓN** Niños y Jóvenes
- LA VOZ** Un narrador con oficio que se sienta al lado del papá o la mamá y le enseña el arte de contar, sin teoría y sin condescendencia.
- PARA QUIÉN** Padres, abuelos y maestros que quieren contar la Biblia a sus niños y no saben cómo hacerlo sin sonar a clase.

LA PROMESA DE ESTAS PÁGINAS

Dejar de leerle la Biblia a tu hijo para empezar a contársela, con voz, pausas y preguntas que él recordará de adulto.

Distribución gratuita. Este libro se descarga sin costo en luzygracia.com y no está autorizada su venta por ningún medio. Puedes copiarlo, imprimirlo, enviarlo y usarlo en tu iglesia o tu grupo libremente, siempre que sea gratis y sin alterar su contenido. Si alguien te lo cobró, te estafaron: descárgalo tú mismo en luzygracia.com.

Índice

— **La abuela que no necesitaba libro**

Introducción

01 La hoguera portátil

Por qué la voz enseña lo que la página sola no alcanza

02 No expliques el arcoíris

Noé y la tentación de rematar con moraleja

03 El reparto de voces

José, sus hermanos y el arte de sonar distinto

04 La pausa de tres segundos

David, Goliat y el silencio que hace grande al gigante

05 Cuando pregunta lo difícil

Moisés, el mar y las respuestas de tres pisos

06 El rito del mismo cuento

Daniel, el horno y por qué piden la misma historia veinte veces

07 El detalle que ancla

Jonás y el poder de un objeto concreto

08 Historias que dan miedo

Cómo leer el cuerpo del niño y cuándo frenar

09 Jesús contaba cuentos

El hijo que volvió, la oveja perdida y el arte de preguntar

10 El relato más difícil

El pesebre, la cruz y la mañana del domingo



La lámpara que dejaste prendida

HISTORIAS PARA CONTAR EN V...
Epílogo

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · LUZYGRACIA.COM

La abuela que no necesitaba libro

Casi todos tenemos en la memoria a alguien que contaba. Una abuela en la cocina, un tío en un diciembre largo, una maestra que cerraba el cuaderno y bajaba la voz. No recordamos sus palabras exactas. Recordamos el calor, la pausa antes del final y la cara que puso cuando dijo lo importante.

Ese es el punto de partida de este libro. Contarle la Biblia a un niño no es transmitirle información correcta. Es entregarle una experiencia que se le quede pegada al cuerpo antes de que la entienda con la cabeza. La comprensión llega después, a veces veinte años después, y llega porque hubo escena.

Aquí no vas a encontrar guiones para memorizar. Vas a encontrar oficio: cómo empezar, dónde callar, qué preguntar, qué no explicar. Cada capítulo toma uno o dos relatos y te muestra por dentro cómo se cuentan. Son doce relatos en total, repartidos en diez encuentros contigo.

Una advertencia desde ya: vas a hacerlo mal las primeras veces y no importa. Los niños perdonan al narrador torpe y castigan al narrador aburrido. Prefiere equivocarte con entusiasmo antes que leer perfecto con voz de instructivo.

La hoguera portátil

01

Por qué la voz enseña lo que la página sola no alcanza

Antes de que existiera un solo rollo escrito, la fe de Israel viajó en la boca de los padres. Se contaba caminando, se contaba cocinando, se contaba al acostar a los hijos. El texto llegó después, para cuidar lo que la voz ya llevaba. Ese orden importa más de lo que parece.

Llamo a esto la hoguera portátil. Una hoguera reúne, calienta y obliga a mirar en la misma dirección. Tu voz hace exactamente eso en una sala de Bogotá a las ocho de la noche, con el televisor apagado y un niño que todavía no tiene sueño. No necesitas más equipo que ese.

Cuando lees en silencio, el niño recibe contenido. Cuando cuentas, el niño recibe además tu ritmo, tu respiración y tu manera de emocionarte. Está aprendiendo dos cosas al tiempo: la historia y el hecho de que a ti te importa. Lo segundo es lo que lo sostendrá cuando dude.

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.

DEUTERONOMIO 6:6-7 (RVR1960)

El mito del narrador dotado

Mucha gente se excusa diciendo que no tiene talento para contar. Es falso. Narrar es un oficio con tres herramientas: velocidad, volumen y pausa. Quien las mueve, cuenta bien. Quien las deja planas, aburre aunque tenga la voz más linda del barrio.

Prueba esto una vez: di la misma frase tres veces, primero rápido, luego lento, luego lento y suave. Vas a oír cómo cambia el peso de las palabras. Eso es todo el secreto técnico que necesitas para empezar esta noche.

Diez minutos bien puestos

No apuntes a media hora. Diez minutos de historia contada valen más que cuarenta de lectura resignada. El niño debe quedarse con hambre, no con empacho. Si te pide una más, respondes que mañana, y así conviertes el relato en algo que se desea.

Elige una hora fija y defiéndela sin volverla ley. La repetición del horario hace que el cuerpo del niño se prepare solo. A las ocho, el cuerpo ya sabe que viene algo bueno, y esa expectativa hace la mitad del trabajo por ti.

“

Un niño olvida las explicaciones que le diste; se acuerda toda la vida de la cara que pusiste al contarle.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Quién te contaba a ti cuando eras niño y qué recuerdas exactamente de esa persona?
- ¿Estás leyéndole a tu hijo o contándole? ¿Notas la diferencia en cómo te mira?
- ¿Qué hora de tu día podrías defender esta semana para diez minutos de historia?

PRÁCTICA DE HOY

Esta noche apaga la luz principal y deja solo una lámpara. Cuenta cualquier relato que ya conozcas, sin libro en la mano. Si te equivocas en un detalle, sigue: el niño no está auditando, está escuchando.

No expliques el arcoíris

Noé y la tentación de rematar con moraleja

El relato de Noé se cuenta mil veces con animalitos y termina siempre igual: y por eso debemos obedecer. En ese remate se pierde casi todo. La historia de Noé no es un manual de obediencia; es la historia de un hombre que trabajó años en algo que nadie entendía, y de un Dios que después colgó un arco en el cielo para prometer.

Llamo a este error la moraleja exprés. Consiste en cerrar el relato con una lección explícita para asegurarte de que el niño entendió. El costo es alto: le enseñas que las historias son envolturas de instrucciones, y a partir de ahí escucha buscando la orden final en vez de vivir la escena.

Confía en la historia. Un buen relato hace su trabajo por debajo, durante años, sin que nadie lo supervise. Si tu hijo necesita una aplicación, la va a pedir con una pregunta. Esa pregunta vale más que cualquier conclusión que tú le hayas puesto encima.

Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra.

GÉNESIS 9:13 (RVR1960)

Cómo contar el diluvio sin asustar

Céntrate en el arca, no en el agua. Describe el olor de la madera, el ruido de los animales, la lluvia sobre el techo, la espera larguísima adentro. El niño necesita sentir el refugio; el juicio es un tema que

entenderá más grande y con más matices.

Si pregunta por la gente que quedó afuera, no mientas ni adornes. Puedes decir que fue una historia triste, que Dios sufrió con eso, y que por eso al final prometió no volver a hacerlo. Es honesto y es exactamente lo que dice el texto.

El final que sí importa

Guarda tu mejor voz para el arco en las nubes. Ese es el corazón del relato: Dios ata una promesa a algo que el niño puede ver desde la ventana de la casa. La próxima vez que salga el sol después del aguacero, tu hijo va a mirar arriba y va a acordarse solo.

Ese es el ideal de toda narración bíblica: que el mundo cotidiano quede marcado. No hace falta que se lo digas. Basta con que, cuando aparezca el arcoíris sobre los cerros, tú te quedes callado y dejes que él lo diga primero.

“

La moraleja que tú pegas al final se olvida en una semana; la que el niño descubre solo le dura la vida entera.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Cuántas de tus historias terminan con la frase y por eso debemos?
- ¿Qué te da miedo que pase si no explicas la lección?
- ¿Cuál sería el detalle sensorial que harías sentir en tu próximo relato?

PRÁCTICA DE HOY

Cuenta hoy una historia y prohíbete cerrarla con una enseñanza. Termina en la escena, di buenas noches y aguanta el silencio. Anota mañana qué preguntó tu hijo por su cuenta.

El reparto de voces

José, sus hermanos y el arte de sonar distinto

La historia de José es larga, con celos, traición, cárcel, sueños y un reencuentro que rompe. Es demasiado para una sola noche, y ahí está su ventaja: es la primera serie que tu hijo va a seguir. Córtala en tres o cuatro entregas y termina cada una en un punto incómodo.

Para que una historia larga se sostenga, cada personaje necesita sonar distinto. A esto lo llamo el reparto de voces. No se trata de imitaciones de comediante. Basta con dos ajustes por personaje: uno de altura y uno de velocidad. José joven habla rápido y agudo; sus hermanos, lento y grave; el faraón, lento y alto.

El niño usa esas voces como semáforos. Sabe quién habla sin que tú digas dijo José. Y cuando tú sostienes las mismas voces noche tras noche, la historia gana continuidad, que es exactamente lo que hace que pida la siguiente entrega.

Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien.

GÉNESIS 50:20 (RVR1960)

Dónde cortar cada noche

Corta siempre antes de la resolución, nunca después. Termina cuando lo bajan al pozo, cuando lo acusan injustamente, cuando el copero olvida su promesa. El niño se acuesta con una pregunta abierta y esa pregunta

trabaja sola durante el día siguiente.

Resiste el impulso de tranquilizarlo con un adelanto. Si te dice que si José se salva, respóndele que mañana lo sabremos. Estás enseñándole, sin decirlo, que las historias buenas y la vida real tienen tramos donde no se sabe todavía.

El llanto de José

El clímax no es cuando José se vuelve poderoso, sino cuando llora frente a los hermanos que lo vendieron. Baja la voz ahí. Ese llanto es lo que le da sentido a todo lo anterior y es la parte que los adultos suelen contar rápido, incómodos.

Cuando José dice que ellos pensaron mal pero Dios lo encaminó a bien, no lo conviertas en una fórmula sobre que todo pasa por algo. Déjalo como lo que es: la conclusión personal de un hombre que ya lloró, no una receta para el dolor de otro.

“

Un personaje sin voz propia es un nombre;
con dos ajustes de tono se vuelve alguien que
el niño extraña.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Tienes paciencia para dejar una historia sin resolver hasta mañana?
- ¿Qué voz le pondrías al hermano mayor, a José y al faraón?
- ¿Sueles apurar las escenas donde alguien llora? ¿Por qué?

PRÁCTICA DE HOY

Elige tres personajes de José y decide ahora mismo su voz: uno grave y lento, uno agudo y rápido, uno pausado. Escríbelo en un papel para no olvidarlo mañana. La consistencia es lo que hace la magia.

La pausa de tres segundos

David, Goliat y el silencio que hace grande al gigante

Todo el mundo sabe cómo termina David y Goliat, y sin embargo los niños lo piden otra vez. La razón es sencilla: no escuchan por la sorpresa, escuchan por la tensión. Y la tensión no la produce el texto, la produce el narrador con el silencio.

La herramienta se llama la pausa de tres segundos. Antes del momento decisivo, callas. Cuentas mentalmente uno, dos, tres. Tres segundos son eternos para quien cuenta y son exactamente lo que el oyente necesita para inclinarse hacia adelante. Casi ningún adulto aguanta esa pausa la primera vez.

Colócala justo antes de que la piedra salga de la honda. No antes de que David hable, no después del golpe. Ahí, en el aire, con el brazo levantado. Vas a ver a tu hijo dejar de respirar y ese instante es la razón por la que va a pedirte otra historia mañana.

Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos.

1 SAMUEL 17:45 (RVR1960)

Hacer grande al gigante

Un héroe vale lo que vale su obstáculo. Dedica tiempo a Goliat: el peso del bronce, la voz que retumbaba en el valle, cuarenta días burlándose sin que nadie saliera. Mientras más real sea el miedo del ejército, más

limpia será la valentía del muchacho.

Nunca hagas a David un niño superpoderoso. Hazlo un pastor que ya había peleado con animales por sus ovejas, que sabía usar la honda porque la usaba todos los días. Eso es más interesante y además es lo que dice el texto.

La frase que hay que citar textual

Hay frases bíblicas que conviene decir palabra por palabra, sin traducirlas a lenguaje infantil. La respuesta de David al gigante es una de ellas. Suena antigua, suena grande, y precisamente por eso se graba. Los niños no necesitan entender cada palabra para sentir el peso de una.

Dila mirando a un punto fijo, no a tu hijo. Cuando un narrador mira al vacío mientras cita, el oyente siente que la frase viene de otra parte. Es un truco viejo de teatro y funciona igual en la sala de tu casa.

“

El silencio no es un hueco en la historia: es el lugar donde el niño mete su propia imaginación.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Te incomoda el silencio cuando estás hablando? ¿Lo llenas rápido?
- ¿Cuánto tiempo le dedicas al obstáculo comparado con el héroe?
- ¿Qué frase bíblica te gustaría que tu hijo repitiera de memoria a los treinta años?

PRÁCTICA DE HOY

Practica la pausa hoy, en cualquier conversación con un adulto. Cuenta tres antes de la frase clave. Si logras sostenerla sin reírte, ya puedes usarla esta noche con tu hijo.

Cuando pregunta lo difícil

Moisés, el mar y las respuestas de tres pisos

Tarde o temprano llega la pregunta que te descuadra. Por qué Dios dejó que pasara eso. Por qué murieron los egipcios. Por qué mi abuelo se murió si oramos. La reacción natural del adulto es improvisar una explicación completa, y esa es la peor salida posible.

Usa lo que llamo la respuesta de tres pisos. El primer piso es lo que sabes con certeza y cabe en una frase corta. El segundo es lo que no sabes, dicho sin vergüenza. El tercero es una devolución de la pregunta al niño, en forma de curiosidad compartida, no de examen.

Suena así: Dios sacó a su pueblo de la esclavitud, eso lo sé. Por qué esa noche pasó de esa manera, no lo sé, y hay gente que lleva siglos pensándolo. A ti qué te parece lo más raro de todo esto. En treinta segundos le enseñaste tres cosas: que hay certezas, que hay misterio y que él tiene permiso de pensar.

Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.

ÉXODO 14:14 (RVR1960)

La zarza antes del mar

Antes del mar abierto está la zarza que arde y no se consume, y ese es el mejor material para contar. Un arbusto en llamas en medio de la nada, un hombre que se quita las sandalias, una voz que dice YO SOY EL QUE

SOY. No hay nada que explicar ahí; hay que dejarlo sonar.

Cuenta también que Moisés puso excusas, que dijo que no sabía hablar, que pidió que enviaran a otro. A los niños les alivia enormemente saber que los personajes de la Biblia tuvieron miedo y lo dijeron en voz alta.

No conviertas a Dios en el malo del cuento

Al narrar juicios y plagas, cuida el retrato. Si tu hijo termina con la idea de un Dios impredecible que castiga cuando se enoja, ese retrato le costará años desmontarlo. Enmarca siempre el episodio en lo que Dios estaba haciendo: liberar a un pueblo esclavizado durante generaciones.

Y si no logras explicarlo bien, dilo. Puedes decir que esta parte es difícil incluso para los adultos y que la seguirán conversando cuando él esté más grande. Dejar una puerta abierta es mucho mejor que cerrarla con una respuesta falsa.

“

Decir no sé delante de tu hijo no debilita tu fe: le enseña que la fe cabe en una persona honesta.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Cuál fue la última pregunta de tu hijo que no supiste responder?
- ¿Qué hiciste: improvisaste, cambiaste el tema o admitiste el límite?
- ¿Qué imagen de Dios está construyendo tu hijo con las historias que oye de ti?

PRÁCTICA DE HOY

La próxima pregunta difícil, respóndela con la estructura de tres pisos: lo que sé, lo que no sé, y qué opinas tú. No la resuelvas del todo. Vuelve al tema en dos o tres días.

El rito del mismo cuento

Daniel, el horno y por qué piden la misma historia veinte veces

Un niño que pide la misma historia por vigésima vez no está siendo terco. Está haciendo algo serio: verificar que el mundo es estable. Si el final es siempre el mismo, entonces hay cosas confiables. Esa necesidad se llama rito y es la base emocional de la fe que tendrá después.

Los relatos de Daniel funcionan perfecto para eso. Los tres jóvenes que no se inclinan y terminan en el horno; Daniel que sigue orando junto a la ventana y termina en el foso de los leones. Misma estructura, mismo desenlace, dos escenarios distintos. Son ideales para repetir sin que tú te aburras.

Cuando repitas, no cambies el final ni el orden. Cambia un detalle nuevo cada vez: cómo era el ruido del horno, qué olía en el foso, qué pensaba el rey esa noche sin dormir. El niño reconoce la estructura y descubre el detalle. Esa combinación es adictiva.

He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses.

DANIEL 3:17-18 (RVR1960)

El y si no

Hay dos palabras que suelen borrarse al contar a los tres jóvenes y son las más importantes de todo el relato. Ellos dicen que su Dios puede librarlos, y enseguida agregan que si no lo hace, tampoco se van a inclinar. Esa condición cambia la historia entera.

Sin ese y si no, le estás enseñando a tu hijo que la fidelidad se paga siempre con rescate inmediato. Con ese y si no, le estás enseñando algo mucho más resistente: que hay cosas que uno hace porque son verdad, aunque no sepa cómo termina.

La ventana de Daniel

El detalle que más le gusta a los niños de Daniel no son los leones: es que abría la ventana para orar sabiendo que lo estaban vigilando. Es un gesto pequeño, cotidiano, valiente y repetido tres veces al día. Los niños entienden perfectamente ese tipo de valentía.

Cuéntalo despacio. Un hombre viejo, una ventana, una rutina que no cambió aunque el precio fuera la muerte. Luego di lo de los leones rápido, casi de paso. Vas a ver cómo la historia gana peso al invertir el énfasis.

“

La repetición no es falta de imaginación del niño: es la manera en que el alma pequeña se convence de que el mundo tiene piso.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Te molesta cuando tu hijo pide la misma historia otra vez? ¿Por qué?
- ¿Alguna vez has suavizado un relato para que tenga un final más cómodo?
- ¿Qué le enseña a tu hijo verte hacer algo bueno aunque no te convenga?

PRÁCTICA DE HOY

Cuenta esta noche una historia que ya contaste, sin cambiar el final. Agrega un solo detalle nuevo, sensorial, que no hayas dicho antes. Fíjate si tu hijo lo nota.

El detalle que ancla

Jonás y el poder de un objeto concreto

La memoria no guarda ideas, guarda cosas. Un olor, un objeto, una textura. Por eso el narrador experto siembra en cada relato un detalle concreto que funcione como gancho. Yo lo llamo el detalle ancla, y basta uno bien puesto para que la historia entera se quede colgada de él.

En Jonás el ancla puede ser el barco cruzando en la tormenta, o el hombre dormido abajo mientras todos gritan arriba, o la calabacera que le da sombra y se seca al día siguiente. Elige uno solo y trabájalo. Si siembras cinco detalles, el niño no ancla en ninguno.

Ojo con el pez. Todo el mundo cuenta a Jonás como la historia del pez grande y ahí se queda. Pero el relato no trata del pez: trata de un hombre que huye de un encargo, ora desde el fondo, obedece de mala gana y luego se enoja porque Dios tuvo compasión de sus enemigos. Eso último es oro para conversar.

Invoqué en mi angustia a Jehová, y él me oyó.

JONÁS 2:2 (RVR1960)

Cómo elegir el ancla

Pregúntate qué objeto de la historia podrías tocar. La madera del barco, la sombra de la planta, el agua fría. Los objetos que se pueden tocar se recuerdan; las cualidades abstractas como la desobediencia no se

recuerdan porque no tienen forma.

Una vez elegido, menciónalo tres veces a lo largo del relato: al principio, en medio y al final. Esa triple aparición convierte un detalle suelto en un hilo, y el niño lo sigue sin darse cuenta de que lo está siguiendo.

El final incómodo

El libro de Jonás termina con una pregunta de Dios, sin respuesta. Es de los pocos finales abiertos de toda la Biblia y hay que aprovecharlo. Termina exactamente ahí, con la pregunta, y no la contestes tú.

Si tu hijo protesta porque falta el final, dile que ese es el final, que el autor lo dejó así a propósito. Es su primera lección de literatura y también su primera intuición de que Dios a veces responde con preguntas.

“

Los niños no se acuerdan de las virtudes; se acuerdan de la sombra de una planta que se secó una mañana.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Cuál es el detalle ancla de la última historia que contaste?
- ¿Tiendes a llenar de detalles o a contar en resumen?
- ¿Te incomoda dejar un final abierto?

PRÁCTICA DE HOY

Antes de contar hoy, escoge un solo objeto de la historia y decide mencionarlo tres veces. No agregues más adornos. Un ancla puesta bien vale más que diez adjetivos.

Historias que dan miedo

Cómo leer el cuerpo del niño y cuándo frenar

La Biblia tiene violencia, muerte, traición y hambre. No es un libro para niños y fingir lo contrario produce adultos que se sienten estafados. La solución no es censurar; es dosificar y aprender a leer las señales del cuerpo que tienes al lado.

Llamo a esto el termómetro del cuerpo. Mientras cuentas, mira tres cosas: los hombros, las manos y la respiración. Hombros que suben, manos que aprietan la cobija, respiración que se acorta. Ese es el punto exacto donde la tensión dejó de ser rica y se volvió angustia. Ahí frenas.

Frenar no significa apagar la historia de golpe. Significa bajar la velocidad, bajar el volumen y meter una frase de tierra firme: aquí estoy yo, esto pasó hace mucho, mira que la lámpara sigue prendida. Después decides si sigues o si cierras suave y retomas mañana.

Porque yo Jehová soy tu Dios, quien te sostiene de tu mano derecha, y te dice: No temas, yo te ayudo.

ISAÍAS 41:13 (RVR1960)

Qué guardar para más grande

Hay relatos que conviene esperar. La hija de Jefté, la concubina de Gabaa, ciertos pasajes de conquista. No hay ninguna virtud en contárselos a un niño de seis años. La Biblia entera es para toda la vida, no para todas las edades al mismo tiempo.

Un criterio simple: si el relato requiere que expliques crueldad adulta para que tenga sentido, no es todavía. Si el relato funciona como escena aunque falten los matices, ya se puede contar y los matices llegarán después.

El miedo que se procesa

Un poco de miedo bien acompañado es formativo. El niño aprende que puede sentir susto en un lugar seguro y salir intacto. Por eso la clave no es evitar toda tensión, sino garantizar la presencia del adulto durante y después.

Después de una escena dura, quédate un minuto extra. No hables del tema, habla de cualquier cosa. Ese minuto le dice al cuerpo del niño que la historia terminó y que la vida sigue igual de tranquila que hace un rato.

“

No cuidas a tu hijo escondiéndole el dolor del mundo; lo cuidas estando sentado a su lado cuando aparece.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Sabes leer las señales de tensión en el cuerpo de tu hijo?
- ¿Qué relato bíblico te incomoda a ti mismo contar y por qué?
- ¿Cómo cierras una noche en la que la historia estuvo pesada?

PRÁCTICA DE HOY

Esta noche, mientras cuentas, observa los hombros de tu hijo dos o tres veces. No cambies nada más. Solo entrena el ojo. Vas a descubrir cuánta información estabas ignorando.

Jesús contaba cuentos

El hijo que volvió, la oveja perdida y el arte de preguntar

Vale la pena decírselo a tu hijo con todas las letras: Jesús enseñaba contando historias. No daba conferencias, contaba de agricultores, de monedas perdidas, de fiestas. Y casi siempre terminaba con una pregunta o con un final que dejaba a la gente conversando de regreso a casa.

Eso te da permiso y te da método. El método se llama la pregunta abierta. Después del relato, en vez de explicar, preguntas algo que no tiene respuesta correcta: quién te parece que hizo lo más difícil, qué habrías hecho tú, cuál personaje se parece a ti. Y luego te callas.

El silencio después de la pregunta es incómodo para el adulto y fértil para el niño. Aguanta diez segundos. Si no responde, no insistas ni respondas tú. A veces la respuesta llega tres días después, en el carro, camino al colegio, y esa es la mejor de todas.

Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó.

LUCAS 15:20 (RVR1960)

El padre que corre

En la parábola del hijo que se fue, el detalle que más impacta a los niños no es la herencia gastada ni los cerdos. Es que el padre estaba mirando el camino y salió corriendo cuando el hijo todavía estaba lejos. Un señor mayor corriendo por la calle era, en esa cultura, una escena de escándalo.

Cuenta esa carrera despacio y con cariño. Si tu hijo se lleva una sola imagen de Dios de toda su infancia, que sea esa: alguien que estaba mirando la puerta y que no esperó a que el otro llegara para abrazarlo.

Noventa y nueve razones para no ir

La oveja perdida se cuenta en dos minutos y le cabe todo. Un pastor con noventa y nueve ovejas seguras que deja el rebaño para buscar una sola. Cualquier administrador diría que es mal negocio. Ese contraste es el chiste teológico de la parábola y los niños lo captan sin explicación.

Pregúntale a tu hijo si le parece bien o mal que el pastor haya dejado a las otras. Vas a tener una conversación mucho más interesante que cualquier lección que hubieras podido dictarle.

“

Enseñar preguntando es confiar en que Dios ya está trabajando dentro de tu hijo antes de que tú llegues.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Cuándo fue la última vez que le hiciste a tu hijo una pregunta sin respuesta correcta?
- ¿Aguantas diez segundos de silencio sin llenarlos?
- ¿Qué imagen de Dios te formó a ti de niño y de dónde salió?

PRÁCTICA DE HOY

Cuenta la oveja perdida y termina preguntando si el pastor hizo bien. Escucha completo sin corregir. Anota mentalmente lo que dijo tu hijo: te va a servir por años.

El relato más difícil

10

El pesebre, la cruz y la mañana del domingo

Queda el relato que sostiene todos los demás y que muchos padres esquivan por miedo a herir. Se puede contar bien y se debe contar completo, en tres tiempos: un nacimiento pobre, una muerte injusta y una tumba vacía. Ni uno de los tres se entiende sin los otros dos.

Cuenta el pesebre sin postal. Un pueblo lleno, una pareja joven sin dónde quedarse, un bebé acostado donde comen los animales, y unos pastores, que eran los trabajadores de turno de la noche, como los primeros en enterarse. Esa combinación de pobreza y noticia enorme es todo el mensaje.

La cruz se cuenta con pocas palabras y sin adornar la sangre. Un hombre bueno acusado por gente con poder, amigos que huyeron, una muerte de verdad. Los niños entienden la injusticia mucho antes que la teología, y por ahí es que hay que entrar.

No está aquí, pues ha resucitado, como dijo.

MATEO 28:6 (RVR1960)

Jesús lloró

Hay un versículo de dos palabras que ningún niño olvida cuando se lo dicen bien. Jesús lloró frente a la tumba de su amigo. Ese dato desmonta de una la idea de un Dios lejano que no siente nada.

Úsalo cuando tu hijo pierda a alguien, o cuando se le muera la mascota, o cuando llore por algo que a ti te parezca menor. No para consolarlo rápido, sino para decirle que llorar no es un defecto de fábrica.

El domingo se cuenta de pie

Cambia el cuerpo para la resurrección. Si contaste la cruz sentado y en voz baja, cuenta la mañana del domingo de pie, con la voz arriba, rápido. Las mujeres corriendo, la piedra corrida, la tumba vacía, el susto y luego la alegría.

Ese contraste físico entre una escena y otra hace por tu hijo lo que ninguna explicación logra: le mete en el cuerpo la diferencia entre viernes y domingo. Años después, cuando le toque su propio viernes, se va a acordar de que existe el domingo.

“

A un niño no se le enseña la resurrección explicándola: se le enseña cambiando de voz el domingo por la mañana.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Le has contado a tu hijo la cruz completa o solo la versión suave?
- ¿Qué te da miedo de contarle una muerte de verdad?
- ¿Cómo cambia tu cuerpo cuando cuentas algo alegre?

PRÁCTICA DE HOY

Cuenta la cruz sentado y en voz baja. Haz una pausa larga. Luego ponte de pie para contar el domingo. No expliques el cambio: déjalo que lo sienta.

La lámpara que dejaste prendida

Si llegaste hasta acá ya tienes una escena en la cabeza: tu hijo acostado, tú al borde de la cama, buscando por dónde empezar. No busques más. Empieza esta noche con la historia que mejor te sepas, aunque te falten detalles y aunque la voz te salga rara.

Llegará el día en que ya no pida historias. Ese trabajo no se pierde: se guarda. Lo que queda no son los datos, sino una manera de mirar el mundo, la certeza de que la debilidad puede vencer y de que hay tumbas que amanecen vacías. Eso no se enseña con argumentos, solo con relatos repetidos.

Si creciste sin nadie que te contara, narrar te va a costar más, y no es falta de amor: es que no tienes el modelo. Búscalo en un mentor, en un grupo de padres o, si hay heridas grandes de por medio, en un profesional que te acompañe. Y recuerda en las noches de cansancio que tú no eres el responsable último de la fe de tu hijo. Tú abres la puerta y cuentas.



*Que tu voz sea un lugar seguro para tus hijos.
Que las historias que cuentes les den palabras
para los días buenos y compañía para los difíciles.*

*Y que cuando te falte sabiduría, te sobre
paciencia para contar otra vez, despacio, la
misma historia de siempre.*

Este libro es de **distribución gratuita**.

Tu aporte voluntario llevará comida, ropa y ayuda a muchos hogares de bajos recursos y a madres cabeza de hogar.

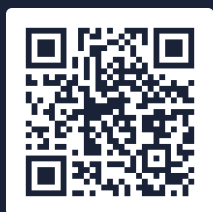
Contamos contigo.

APORTA DESDE TU CELULAR

312 629 5392

Nequi · Daviplata · Llave

El mismo número funciona como llave de Transfiya. Da lo que quieras: mil pesos también alimentan.



Escanea y aporta

Te lleva a la página de aportes,
donde también puedes descargar
los otros libros de la biblioteca.

Lo recaudado con este libro se entrega a **Fundación El Alfarero**, y el **10 % de las ganancias** de la tienda se destina a fundaciones cristianas que trabajan con niños.

Johana Heredia · luzygracia.com · Bogotá, Colombia